

OCHO O NUEVE NÚMEROS AL MES.

RECREO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

Cuadros de costumbres, artículos humorísticos, cuantos, epigramas, oportunidades, semblanzas, charadas, logogrifos. noticias útiles, noticias cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

MADRID: Tres meses 9 rs., seis 16, y un año 30. PROVINCIAS: Tres meses, 10 rs., seis 18, y un año 34.

DIRECCION.—Caños, 4, pral.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instrucción pública, sobre obras artísticas y sobre todo lo que se nos antoje.

EXTRANJERO: Tres meses 15 rs., seis 28, y un año 34. AMÉRICA: Seis meses 38, y un año 70. FILIPINAS: Seis meses 60, y un año 110.

ADMINISTRACION.—Caños, 4, bajo.

EL CASCABEL.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

TERCERA CARTA

DE EL CASCABEL AL GOBIERNO.

Muy señor mío: En verdad digo á V., señor Gobierno, que por lo visto quiere V. que regañemos y nos tiremos los trastos á la cabeza V. y yo. ¡Por vida de mil legiones de diablos ó de ministros, que ha seguido V. bien mi leal amistoso consejo! Se conoce que á V. lo que se le dice, por un oído le entra y por otro le sale. Se conoce que se ha propuesto seguir mandando, y que ni á tres tirones se le arrancan las riendas del poder. Pues amigo, lo siento, porque el mal será para V., y ojalá no fuera para nosotros también. ¡Cree V. por ventura que con el proyecto que leyó el otro día en el Congreso el digno Presidente del Consejo se ha salvado V. ya?... Menester es que la fatalidad ciegue totalmente á los Gobiernos para que estos propongan con tanta seriedad semejantes despropósitos; y no digo esto solamente por V., sino por todos, porque parece que el mismo demonio hace que hombres de probado y reconocido talento cometan, en llegando al poder, tan garrafales errores, que ellos mismos, cuando no eran Gobierno, los han censurado fuertemente, poniendo entre la espada y la pared á ministros que no hacían otra cosa que lo que ellos habían de venir á copiar luego.

¿De dónde saca V., señor Gobierno de mis pecados, que el país ha de agradecer lo que V. propone en su proyecto?... ¡En qué cabeza cabe que todas esas medidas, ó mejor dicho, des-medidas financieras, han de producir beneficios resultados?...

¡Ay! señor Gobierno, ¡qué desgraciado país este, condenado por V. y sus antecesores y sus sucesores á pan para hoy y hambre para mañana! En verdad, señor Gobierno, que es preciso que no vea V. muy claro para no haber preferido seguir mi leal consejo, y retirarse de la escena, al triste trance de proponer esas medidas sin concierto, que tan entretenidos tienen hace días á los politiquillos y tan escamado al país, que no sabe lo que le pasa, ni acierta á explicarse por qué, siendo él tan bueno y generoso, y no teniendo culpa de ningún error, ha de sufrir tan rudos golpes en su fortuna, condenado constantemente á pagar, ó sea á soltar los cuartos y á quedarse sin uno para mandar cantar á un ciego.

Señor Gobierno, V. está malo, ó á V. se le ha subido el poder á la cabeza, y da V. en el vicio de ser terco y duro de mollera, que es lo peor que le puede ocurrir á un Gobierno. Si no fuera así, el mismo día que recibió V. mi primera carta, me hubiese dado gusto, y á estas horas estaría V. tan tranquilo, miento, no estaría V. tranquilo, porque quien está de tal manera avezado al poder, no puede estarse quieto y sosegado nunca, y mucho menos cuando el poder lo ocupa otro; pero

si V. no estaba tranquilo, acaso lo estaríamos los demás, que bien lo merecemos.

Diga V., hombre, ¡qué economías son esas que va V. á hacer?... Concedo que V. quiera hacerlas, pero ¿las podrá hacer?... V. sabe el clamoreo que se levantará contra V., los amigos que le volverán la espalda, y la oposición que le harán los que ya no coman con V?... Esas economías las puede hacer cualquier Gobierno, ménos un Gobierno de partido, que no tiene más partido que el suyo, y que está siempre á merced de ese partido. ¿Y cree V., señor mío, que el descuento á los empleados va á ser de gran utilidad?... Yo pasaría por ese descuento si fuese más equitativo, si á los que cobran ménos de 12,000 rs. no les alcanzara, y á los que cobran de 50,000 arriba les sentase V. la mano, poniendo á prueba su patriotismo con hacerles dejar poco ménos de la mitad en beneficio del Tesoro.

¿Cómo le va V. á quitar cada mes 50 reales á un empleado con 6,000, que tiene mujer, hijos, y un prestamista que le lleva todos los meses la cuarta parte de su sueldo?...

La emisión de los 120 millones de escuditos, es una cosa atroz. V. y todos los Gobiernos echan millones sin medida, como que no les cuestan nada; pero tantos y tantos millones, donde no hay un cuarto por ahora, son una pesadísima carga que se echa sobre el país, y que el país no podrá echar fuera en muchísimo tiempo.

El aumento eventual del ejército por aquello de las complicaciones europeas, me parece una *filfa*, como diría mi amigo Morón; tuviéramos nosotros dinero y tranquilidad dentro de casa, y ya podíamos echarnos á dormir, aunque Italia y Austria se rompan las narices.

El asunto de los cupones es cosa muy delicada, y no para resuelta así de golpe y porrazo; pero V. no se para en barras, y como se cree V. infalible, y tiene V. unas pretensiones de sábio muy pronunciadas, no ha tenido inconveniente en abordar esa cuestión, que al fin y al cabo se reduce á que nos ha de costar unos cuartos.

Y tiene V. razón ¡voto á mi abuela! ¡presos por mil, presos por mil y quinientos! ¡Ya que sea, que se vea! Ya que nos lleve el diablo, que nos lleve en coche, digo, en coche nó, como no nos lo pague, porque nos llevará sin un cuarto.

¿Sabe V., señor Gobierno, lo que V. sin querer hace con esos proyectos? Pues lo que hace V. es dar la razón á sus enemigos, dar pié para que le pongan á V. de oro y azul, y contribuir indirectamente á que el país dé la razón á los que acaso tampoco la tienen, porque ya lo he dicho, y lo diré cien veces, V. no me sirve, pero los demás tampoco.

Siento mucho, señor Gobierno, que tome V. ese camino tan poco conforme con lo que V. ha prometido al tomar el poder, y con lo que ha dicho cuando ha hecho la oposición á otros Gobiernos. Todos los días, desde que veo que la

cosa pública está en tan mal estado, me levanto yo con la esperanza de que V. haga algo bueno para remediarla, ó de que algun periódico ministerial ó de oposición, ó algun diputado ó senador, den una solución que á todos satisfaga y nos remedie, y todas las noches me acuesto con el desengaño de no ver esa solución, y con la triste idea de que si ayer estábamos mal, hoy estamos peor.

Esto es atroz, señor Gobierno, así no se puede vivir.... ¡Hombre! voy á dar á V. consejo, señor Gobierno. Hágame V. el favor de marcharse; no se sofoque V. más; váyase V., deje V. el puesto, no se moleste V. más. Ya sabemos lo que V. hace y lo que puede hacer, ya hemos visto que la buena estrella que tuvo V. cinco años seguidos se ha eclipsado. Tuvo V. entonces tiempo y mil ocasiones de arreglar definitivamente la cosa pública, y perdió V. uno y otras. Lo que no hizo V. en cinco años, con tantos elementos favorables, ¿cómo lo quiere V. hacer ahora con tanta urgencia y con tantos elementos contrarios?

Yo aconsejo á V. por su bien y el nuestro; un padre no haría más por su hijo. Si no sigue V. esta vez mi consejo, no volveré á repetírselo; pero V. se acordará de mí, y confesará al fin y al cabo que soy un buen muchacho, que lo que deseo es el bien del país y el bien de V., que yo, como no le he de suceder ni he de ganar un ascenso con que V. gobierne ó gobierne Perico el de los Palotes, ni á V. ni á nadie quiero mal.

Esta es mi última carta, señor Gobierno, porque en los números siguientes he de continuar mi *Colección legislativa*, que por escribirle á V. he suspendido hoy, para que en ella aprenda V. cómo hay que gobernar aquí.

GALERIA DE MATRIMONIOS.

NOVENA PAREJA.

(Continuación.)

Subió don José al cuarto segundo, y llamó, dando con los nudillos en la puerta, porque no había campanilla. Un cuarto de hora estuvo el hombre delante de la puerta, y ya iba á retirarse, cuando se abrió esta y apareció un hombre como de cincuenta años, con toda la barba, mirada sombría y un cuchillo en la mano.

Dió un salto atrás don José al ver á aquel hombre armado y con ademán amenazador, y ya estaba midiendo el tramo de la escalera para dar un brinco y huir, cuando el hombre del cuchillo lo dijo con voz aguardentosa:

- ¿Qué se le ofrece á V?...
- Nada... nada... tartamudeó don José... venía á ver si estaba V. bueno.
- ¿V. se interesa por mí?...
- Sí, señor, muchísimo.
- Entonces... ¿por qué?...
- Soy el dueño de esta casa.
- ¡Ah! el casero; pase V., hombre, pase V. y no tenga V. miedo.
- Confieso á V. que al verle con el cuchillo en la mano, temí...

—Este cuchillo no es para V.
 —Lo celebro mucho y doy á V. gracias.
 —Es para mis enemigos... Pase V., pase V...
 —Yo molestaré á V. poco tiempo; vengo únicamente á cobrar.
 —¡Ah! viene V. á cobrar... ¿Quién pudiera decir otro tanto? Tome V. asiento.
 Don José miró en derredor suyo y no vió otro asiento más que el santo suelo, y una cómoda, y un arcon grande. Pero el hombre del cuchillo gritó:
 —¡María!
 Y vino María, que era una rubia hasta allí, de fisonomía dulce, suave y sonrosada como un merengue de fresa, y á una indicación de su padre, llevó dos sillas, que hacia lo menos sesenta años que las habían hecho en Vitoria.
 —Siéntese V., dijo á don José el de las barbas, y V. dispense el ajuar, que no le extrañará cuando sepa V. mi historia.
 —Nó, no tengo curiosidad. Vengo solamente con el recibo...
 —¡Buenos estamos para recibitos!... ¿verdad, María?... Esta niña es mi hija.
 —Para servir á V., caballero.
 —Por muchos años... Felicito á V. por tener una hija tan bella.
 —Gracias, es justicia.
 —Es favor, papá.
 —Lo mismo da... Conque diga V., ¿qué sabe V. de cosas?
 —Hombre, de cosas no sé nada.
 —Esto se lo lleva el demonio.
 —¿El qué?... ¿Su casa de V?...
 —Nó, señor, hablo del Gobierno.
 —A mí no me importa nada el Gobierno.
 —A mí sí me importa, y mucho.
 —¿Es V. diputado, ministro?...
 —Nó, señor, pero soy un liberal, un patriota, y se me enciende la sangre y... ¡voto al infierno! que nos dejen á nosotros, y le digo á V. que no queda títere con cabeza.
 —Yo no entro ni salgo en esas cosas políticas.
 —Pues yo sí, señor... mire V., yo he sido nacional tres veces, y cada vez que pienso que estando como estábamos con las armas en la mano...
 —Pero papá, ¿qué le importa á V. eso?...
 —Calla, calla, que eres como tu madre, que tampoco quería que yo me ocupase en política, sino que dejase que todo se lo llevara la trampa... No puedes negar que eres su hija, en cuanto me veía con el morrion puesto, y las charreteras verdes,—yo era cabo,—ya se echaba á llorar, como si me fuesen á poner en capilla.
 —Sería una buena mujer.
 —Sí, señor, pero á mí me gusta que las mujeres también tengan alma... Si hubiera alguna espartana en Madrid, me había de casar con ella.
 —En el portal de la casa donde yo vivo hay una...
 —¿Espartana?
 —Nó, señor, espartera, mujer de un espartero, muy guapa.
 —Ha visto V. qué Gobierno tenemos!
 —Nó, señor, no le conozco... Yo solo me ocupo en mis asuntos, en cobrar mis rentas... Aquí tiene V. el recibo... Debe V. tres meses de casa.
 —Sí, señor, ya lo sé, y no lo niego, que tocante á la formalidad, en todas partes puede V. preguntar quién es Angelito Perez.
 —¿Se llama V. Angel?...
 —Sí, señor, para servir á V... Pues como digo, V. cobrará su dinero, porque esto, no tenga V. duda, se lo lleva la trampa.
 —Ya lo voy viendo.
 —Pero luego vendrá el arreglo, y entonces... mire V., todos los principales del partido son amigos míos, y me tienen ofrecido un destino...
 —Siento que hasta entonces...
 —Por eso quiero que sepa V. quién soy yo... para que tenga V. confianza y vea que tiene bien seguro su dinero. Yo estoy padeciendo desde el año 34. Yo soy del comercio, es decir, era, porque lo que es ahora no soy cosa malrita. El año 34 tenía yo una casa, donde entraban regularmente 30 ó 40,000 rs. cada día; pero amigo, viendo cómo estaba la política, empecé á conspirar. En mi casa teníamos las reuniones, y cosas le podría contar á V. que le erizarían los pelos. Nos reuníamos en una cueva, y me gasté más de 6,000 duros en hacer una mina para escapar por ella... Hubo quien dió el soplo, y me llevaron á la cárcel, y desde allí salí desterrado entre bayonetas. Figúrese V. lo que pasaría: mi comercio perdido, mi mujer malparió dos criaturas, unidas por un pelo muy largo, en fin, un fenómeno que lo quisieron poner en la Historia natural y no lo permitió mi mujer... Pues señor, volví, es claro, pero todo lo que teníamos se lo había llevado el demonio, y hubo que volver á empezar... Entonces conocí yo lo que son amigos, porque no encontré quien me diera un duro, y el único que me ofreció una vez 25 duros era un realista, que no los tomé, por supuesto, porque primero me hubiera yo muerto de hambre que deber un favor á un tío de esos... En fin, con mil trabajos pudimos volver á levantar la cabeza; pero otra vez vino un Gobierno de esos que Dios confunda, y otra vez empezaron las persecuciones... Eso sí, yo conspiraba, ¡por qué he de decir lo contrario!... pero ya ve V. si tenía razón... me habían perdido, y me la tenían que pagar... Lo poco que habíamos podido reunir se lo volvió á llevar el demonio, y yo tuve que andar á salto de mata, y muchas noches dormía en el puente de Toledo, debajo de aquel San Isidro de piedra, y por el día tenía que salir á la calle con autojotas verdes, muletas y un parche en las narices... Así estuve más de un año, y cuando pude respirar un poco, volví á ver si podía ganarme una peseta... Y lo que es entonces no me pude quejar, porque jugué á la lotería y me tocaron 30,000 reales, con los que hubiera podido hacer algo; pero la marcha del Gobierno era escandalosa... había cada chanchullo que avergonzaba á una estatua de piedra; y mire V., cuando yo sé

que pasan esas cosas, se me enciende la sangre y atropello por todo... En fin, una noche entraron en mi casa 20,000 reales de pólvora, balas, tacos y otros menesteres, y tres noches después ya estaba yo otra vez en chirona, porque un zapatero que vivía enfrente, que le debía yo tres pares de botas, dió el soplo á la policía... Cuando sali del Saladero, ya se había muerto, que si no, le digo á V. que hago con aquel hombre un escarmiento... Desde entonces no he levantado cabeza. Por supuesto que ya me están persiguiendo... Mire V., venga V. al balcón; aquel mozo de cordel que está en la esquina, es uno de policía disfrazado, y todas las noches cuando salgo á dar un paseo, ó á acompañar á la chica á la tienda donde la dan costura, vienen detrás de mí ó por la acera de enfrente, para mayor disimulo, tres ó cuatro hombres con capas...
 —Pues señor, siento mucho que esté V. en esa situación.
 —Es horrible, le digo á V. que es horrible.
 —Pero creo que V. se la ha buscado.
 —¡Yo!... ¡Hombre! me gusta.
 —Me parece que...
 —V. será un realista...
 —Yo no le he dicho á V. lo que soy.
 —Pero lo será V., porque todos VV., los que viven explotando al pobre...
 —¡Hombre! yo no exploto á nadie.
 —Todos los caseros son así, sanguijuelas del pobre, tiranuelos con levita... Para esos tengo yo este cuchillo...
 —¡Canastos!
 —No tenga V. miedo, hombre. V. es sagrado para mí, porque está V. en mi casa.
 —V. es el que está en la mía.
 —Y porque le debo á V. dinero.
 —¿Conque si no me debiera V. dinero me escabecharía?...
 —Eso será el día de la justicia.
 —Pues hágame V. el favor de deberme siempre algo.
 —La propiedad es un robo, ha dicho Proudhom.
 —Y es verdad, cuando la propiedad ha sido robada; pero la mía es heredada de mi madre, que no robó nunca.
 —Puede que la robara su abuelo de V.
 —¿Qué dice V.? ¡Ladron mi abuelo, que era escribano!
 —Pues lo sería el padre de su abuelo de V.
 —¡Vaya! ¡vaya! no discutamos más... ¿V. no me paga?
 —Nó, señor; pero no importa, persigame V., cíteme á juicio, demándeme, pida el embargo, el desahucio, la pena capital... Yo tengo pecho para todo.
 —No se trata de eso... ¿Cuándo le parece á V. que me podrá pagar?
 —Mire V., no lo sé á punto fijo; pero en oyendo V. el primer tiro, diga V.:—«Ahora me va á pagar mi amigo Angel.»
 —¿Me va V. á pagar á tiros?...
 —Puede que algún día le convenga á V. ser amigo mío...
 —Lo creo...
 —Yo soy así... una fiera por defender mi opinion; pero en diciendo que soy amigo de una persona... Si hay algo, y á V. le pasa algo, pongo por caso, le pegan un internazo, no tiene V. mas que decir que es V. amigo de Angelito Perez.
 (Se continuará otro día.)

LA VERDAD LISA Y LLANA.

LETRILLA PRIMERA.

Lo que aquí se necesita,
 dice la Union liberal,
 es que todos los partidos
 me dejen á mí mandar,
 que la gente esté en un puño
 sujeta á mi voluntad,
 y que si chillan la prensa
 la pueda yo fusilar.
 La Union es esta,
 viéndolo estás...
 ¿Qué es lo que tiene
 de liberal?
 Lo que aquí se necesita,
 repiten con mucha sal,
 los benditos moderados,
 es que podamos mandar,
 y hacer siempre nuestro gusto,
 hagámoslo bien ó mal,
 y al que se levante... palo,
 para que se vuelva á echar.
 Los moderados,
 ¡voto va al Sol!
 tienen bonita
 moderacion.
 Dicen los llamados neos
 que aquí es preciso empezar
 por quemar hombres y libros,
 con toda solemnidad...
 y de religiosos hacen
 alarde, y si á ver se va,
 los hay que son por sus vicios
 una gran calamidad.
 Para ser neos,
 si son así,

basta, lectores,
 saber fingir.
 Exclaman los progresistas:
 ¡Que viva la libertad!
 ellos la tienen si mandan,
 pero á nadie se la dan;
 y si alguno se la toma
 y les suelta una verdad,
 á las Peñas de San Pedro
 acaso lo va á contar.

Yo, sin embargo,
 los quiero bien,
 pero los temo
 por el belén.

Dicen los republicanos
 ¡Igualdad! ¡Fraternidad!...
 y al que no es de su partido
 se lo quieren merendar...
 Cuando manden, si, señores,
 habrá mucha libertad,
 libertad para dar palos,
 pero eso de igualdad... ¡quién!
 Muy mal estamos,
 más pienso yo
 que aun estaremos
 mucho peor.

Los jefes de los partidos
 ¿qué es lo que quieren?... mandar,
 y en mandar ó hacer la guerra
 al que en el Gobierno está,
 se entretienen con provecho
 propio, y no de los demás,
 que vemos que la política
 es una comedia ya.
 ¡Viva la Pepa!
 ¡Siga el belén,
 ¡Vaya! que VV.
 lo pasen bien.

LA CASA DEL MIEDO.

(De Paul de Koch.)

PRIMERA PARTE.

—¡Magnífica vista! Vincennes enfrente, Bagnolet más allá, en el fondo Montreuil. ¡Ah! ¡Qué bello es el campo!
 Así decía Mr. Groseillon asomado á una ventana de una casa en el bosque de Romainville, adonde había ido con su familia á pasar una temporada.
 Madame Groseillon se ocupaba en quehaceres domésticos sin poner atención á las exclamaciones de su esposo.
 —Deja un momento eso, añadió éste, y ven á admirar este panorama, que ya tendrás tiempo de arreglar la casa de aquí á Setiembre ó á Octubre. Todo el verano lo hemos de pasar en este delicioso sitio. ¡Qué aire tan puro! ¡Qué vista tan magnífica! Ven. ¿No quieres admirar la naturaleza?
 —Bien sabes, contestó al fin madama Groseillon, que soy tan aficionada como tú al campo, y hasta en un desierto viviría con tal de tener gallinas, y pollos, y pichones. Me gustan mucho los animales.
 —Ya te prepararé yo un corral. Pero mira qué vistas. Allá el camino, acá el bosque, acullá... ¡Oh! ¡Cómo inspira esto! Ocho mil francos me ha costado la casa, pero no la daría ya por diez.
 —¿Si engordara yo aquí!
 —Sin duda: tú engordarás, nuestro hijo Benjamin engordará, yo engordaré y todos engordaremos. Aquí no hay necesidad de toilette, y puede uno pasearse de cualquier modo, pues nadie lo ha de ver sino la sencillamente del campo, los hombres de la naturaleza. ¡Viva la naturaleza!
 En este momento pasaba por el camino, y se detuvo en la puerta de la casa, Mari-Juana, con su boricacargada de provisiones.
 —¿Queréis alguna cosa? gritó desenfadada.
 —¡Viva la naturaleza! volvió á exclamar Mr. Groseillon, mientras su esposa se entendía con la verdulera.
 —Papá, papá, entró luego gritando Benjamin. Acabo de contar los albaricoques, y hay treinta y ocho. Un árbol solo tiene diez y siete. También hay cerezas y peras.
 —Es un gran placer tener uno en su mesa fruta de su mismo jardín, dijo Mr. Groseillon.
 —Pero hay que regarlo bien, añadió su mujer.
 —Por supuesto. A ver. ¡Josefina! ¡Josefina! A regar el jardín. Mientras tanto vamos nosotros á la vecindad. Pero ¡cuán cómoda es esta vida! ¡Salir como y cuando se quiere! ¡Libres como el aire del campo! ¡Oh! ¡cuánto nos vamos á divertir!
 La familia salió, y Josefina, la criada, quedó sola regando el jardín. Al mismo tiempo renegaba de la deliciosa casa y del campo delicioso, donde no veía gentes, ni oía el alegre ruido de los ómnibus, y toda la belleza era para ella monotonía.
 —Perdone V., amiga, dijo entrando en el jardín Rosa, criada de Mr. Potard. Me hace V. el favor de una ascua.
 Con este motivo entraron en conversacion.

—¿Hace mucho tiempo que sirve V. á sus amos? preguntó á Rosa Josefina.

—Apénas un mes, contestó Rosa; pero no sé si permaneceré con ellos, porque hay mucho trabajo en la casa. Tengo que lavar,regar el jardín, que no es pequeño, y despues de todo, ni puedo descansar de noche; ya á servir la tisana á la señora, que siempre está acatarrada, ya á frotar al señor, que padece reumatismo.

—¿Y cuánto gana V.?

—Cien francos anuales, con la promesa de ganar más en sabiendo guisar.

—¡Vaya una ganga! Pues no tiene V. alma si permanece en esa casa.

—¡Oh! Si tuviera otra...

—Yo, por mí, tengo doscientos cincuenta francos, y además... voy á la compra. Mr. Groseillon es regañón, pero no es malo; mi señora grita mucho, pero la dejo gritar y le pasa pronto el mal humor. Por manera que estaría contenta, si no fuera por esta manía del campo que les ha dado á los dos.

Así continuaron hablando las criadas buen espacio, y luego que Rosa se fué con el áscua, volvieron de paseo Mr. Groseillon, su esposa y Benjamin.

—Jamás volveré á pasear al bosque á estas horas, dijo madama Groseillon dejándose caer á plomo en una silla.

—Pues ¿qué ha ocurrido? preguntó Josefina.

—Nada, contestó su amo. Mi esposa que se asusta por nada: ha visto dos ombres mal vestidos, y...

—Tenian unas caras terribles.

—La luz de la luna los desfiguraba.

—Nó, que debian ser ladrones.

—¡Báhl! Por aquí no hay mala gente. Ven, ven á la ventana y admirarás conmigo la naturaleza. ¡Qué hermoso tiempo hace!

Y todos se asomaron á la ventana.

—¡Ay! Papá, aquel árbol parece un gigante.

—Sí, la luna produce esos efectos.

—¿Qué sombra es aquella? preguntó alarmada la mamá. Parece un hombre detenido enfrente de casa.

—Es un arbusto, contestó el papá.

—Se mueve.

—Pues ya: el viento que lo agita.

—Es posible, pero... ¡Ay! ¡qué triste es la noche en el campo! Esas sombras, esos bultos negros... ¡Qué silencio tan pavoroso! ¡Qué hora es! Debe ser ya muy tarde.

—Las nueve y cinco.

—¡Las nueve! y parece ya aquí media noche.

—¿Quieres venir á dar una vuelta por el jardín?

—¡Ay! nó: parecen ladrones los árboles. Ya es hora de acostarnos. Tú, esposo, puedes dormir aquí, Benjamin conmigo.

—Sí, sí, me place esta habitacion. Además, estoy cerca de ti: si te se ofrece algo, no tienes mas que llamarme.

—Yo voy á encerrarme con llave. Josefina, cierra bien todas las puertas.

—Voy, señora, que no estoy yo tampoco muy tranquila; pero la puerta de la escalera no cierra bien.

—Eso podias haberlo dicho esta mañana, dijo incómodo Mr. Groseillon.

—Se me ha olvidado, pero crea V., señor, que podrian venir á asesinarnos sin que nadie nos valiera.

—Calla, Josefina, y no digas disparates.

—Está esto tan solitario...

—No deja de haber por ahí casas habitadas.

—Sí, pero están tan lejos, que aunque gritáramos

no nos oiria nadie y moriríamos en el mayor desamparo.

—¿Quieres callar, Josefina? Buenas noches, y á dormir.

En esto dió un grito Benjamin, y se acogió asustado entre sus padres.

—¿Qué es eso? preguntó Madama Groseillon temblando.

—He visto un bicho muy grande junto á la cama de papá.

—A ver, trae la luz, Josefina, dijo Mr. Groseillon. Josefina alumbró, y encontraron un enorme sapo.

Madama Groseillon retrocedió con espanto. Benjamin echó á llorar, Josefina gritó como si la acometiera un ladrón.

—Eso no es nada, dijo el hombre de la casa. ¡Por un sapo tanto ruido! ¡Qué debilidad!

—Mátele V., señor.

—¿Con qué diablos quieres que yo lo mate? Trae las tenazas.

—¿Que se va á escapar! ¡Que entra en mi cuarto! Horror, no me desnudo no duermo esta noche.

—¿Dónde está mi escopeta? preguntó en medio de aquella babel Mr. Groseillon.

—Nó, no dispare ahora la escopeta, gritaba su esposa.

—No está cargada, pero lo mataré á culatazos.

Y en efecto, despues de una gran alarma murió así el pobre animal.

Luego hicieron las mujeres un escrupuloso registro y se fueron á acostar, mientras Mr. Groseillon renegaba de la debilidad de las mujeres.

No bien se habia acostado la familia, cuando todos los perros de la vecindad se pusieron á ladrar.

—¿Oyes, Luis? preguntó alarmada otra vez Madama Groseillon á su esposo.

—Ya oigo, sí.

—¿Qué tienen esos perros?

—Hambre, quizás.

—Nó, nó, sin duda han sentido pasos de ladrones.

—¡Báhl! Aquí no hay más que buenos vecinos.

—¡Ah! Qué triste es el campo de noche.

—Pues mañana será de día. Dormios pronto.

La familia quedó en reposo. Pero al cabo de cinco minutos, Madama Groseillon empezó á gritar con voz sofocada por el miedo:

—¡Socorro, Groseillon! ¡Josefina! levantaos todos.

—¿Qué ocurre? preguntó su esposo saltando del lecho igualmente que la criada.

Y Josefina abrió la ventana con esta intencion. Al mismo tiempo cayó algo desde el granero á la calle.

Josefina se echó á reir.

Los ladrones de Madama Groseillon eran dos gatos enormes, que muy luego huyeron maullando como dos diablos.

Con esto volvió á acostarse la familia; pero como continuaron ladrando siempre los perros, Madama Groseillon no pudo conciliar el sueño hasta la madrugada.

(En el número próximo la segunda parte.)

CASCABELES.

El Gobierno pide autorizacion para hacer economías. Yo se la otorgo desde luego, y le apunto las siguientes:

imaginara una belleza más celestial y poética, solo que parecia ostentar en su melancólica frente el sello de una prematura desdicha.

Y sin embargo, no era así: Geneveva, hija única del banquero más rico de Madrid, nunca habia tenido otra ley que su capricho.

Nacida en la abundancia, halagada por una próspera fortuna, siendo constante objeto de las generales atenciones, parecia que nada podia faltar á su ventura, y no obstante, habia mucha tristeza en su mirada, y hondos suspiros se escapaban involuntariamente de su seno.

Hacia algun tiempo que, como cada día se iba aumentando su tristeza y el color mate de sus mejillas, su padre habia llamado á su casa á los mejores facultativos. El terrible nombre de tisis fué pronunciado en voz baja, y fueron puestos en juego todos los recursos de la ciencia para conjurar el mal.

Pero Geneveva se iba debilitando cada vez más, y cada vez parecia estar más triste.

Y no es que su descontento se manifestase con caprichos extravagantes ó arranques de mal humor; no era que se negase á concurrir á los bailes y paseos, nó, sino que asistia á ellos sin tomar parte alguna, y demostraba una glacial indiferencia hácia todas las diversiones.

A veces por sus mejillas corria una lágrima.

—¿Por qué lloras? la preguntaban sus numerosas amigas.

—No sé, decia Geneveva sonriendo: ¡oh! no hagais caso, es una disposicion de mi espíritu, y lloro sin causa alguna....

Por lo demás, su carácter era dulce y spacible, sus aspiraciones modestas, su corazón generoso.

No podia creerse que una pasión contrariada fuese el motivo de su tristeza, por cuanto aunque su matrimonio era de los que se llaman por razon de estado, ella habia escogido libremente al esposo entre los muchos que la presentaron. Y en verdad que pocas mujeres podian estar más satisfechas de su eleccion, porque Eugenio era su prometido, y Eugenio, á su bello aspecto, á su título, á su inmensa fortuna, reunia una brillante celebridad literaria, y era, por consiguiente, tratado en todas partes con consideracion y respeto.

(Se continuará.)

EL BÁLSAMO DE LAS PENAS.

NOVELA ORIGINAL

por

DOÑA ÁNGELA GRASSI.

CAPÍTULO III.

(Continuacion.)

Eugenio escuchó en silencio este prolijo discurso hecho con ingenua sencillez, y se sintió vivamente conmovido.

Lorenza era de elevada estatura, y tenia la dignidad de una reina, ó más bien la majestad que resplandece en las imágenes de la Virgen soberana.

En sus facciones marchitas, se veian aun las huellas de una admirable belleza, y los blancos cabellos que adornaban su frente formaban con el brillo de sus negros ojos el mismo raro contraste que forman las floridas laderas del monte con la nieve que cubre su pelada cima. Su voz era dulce, su palabra elocuente y persuasiva. Inspiraba al mismo tiempo veneracion y ternura.

En su conversacion solia mezclar muchos proverbios, costumbre de los que tienen ideas fijas y principios invariables, y su dulzura era templada por una enérgica firmeza. Avasallaba al par que seducia.

Eugenio tenia la cabeza henchida de aire y el corazón formado de oro. Todo lo bueno y lo noble le impresionaba vivamente, solo que una nueva impresion venia á borrar la antigua, y hacia estériles sus impulsos generosos. Mientras estaba bajo el dominio de una idea, era capaz de sentir cuanto hay de más sublime en la tierra. Al oír á Lorenza, sus ojos se inundaron de lágrimas.

El recuerdo de su viejo padre, de su bondadosa madre, abandonados en su solitaria mansion por unos vanos placeres y una gloria ficticia, destruyó su alma. Comparó su conducta á la de Claudio, y tuvo vergüen-

Supresion de todos los gastos secretos.

Supresion de los coches, es decir, de lo que se paga por ellos, que usan los ministros, directores, subsecretarios, etc.

Supresion de todo sueldo cobrado por persona que tenga por su casa con qué vivir ancha y holgadamente.

Supresion de las direcciones de los ministerios.

Sacar á pública subasta la Gaceta de Madrid.

No cobrar los ex-ministros cesantia en diez años, sin derecho, por supuesto, á indemnizacion. Pasados diez años, se les podrán señalar dos pesetas diarias.

Y otras economías que ya iré apuntando.

Les digo á VV., que si el Gobierno hiciera todas las que yo le propondré, habiamos de estar perfectamente él y todos.

A los que cobran hasta 6,000 rs. anuales, el 10 por 100 de descuento.

Esto es lo mismo que si de cada dos cuartos que dan VV. por EL CASCABEL, me descontaran tres ochavos.

El Gobierno, despues de hacer uso de las facultades que quiere se le concedan, dará cuenta á las Cortes.

El Gobierno es como aquel que mandaba fusilar á un individuo, y formarie causa despues.

Recomendamos á los aficionados á caza el periódico de este titulo que se publica en Madrid y ya ha repartido su número 9. Es una publicacion amena é interesante.

Dice La Correspondencia:

«Parece que el senador del Reino don Antonio Gonzalez, que ha sido nombrado presidente del Consejo de Estado, no piensa abandonar la provincia de Badajoz hasta fines de Julio próximo.»

¡Hombre! ¡hombre! ¡qué noticia! Dichosa provincia de Badajoz, bien puedes bendecir tu fortuna. Don Antonio no te abandona. Hay provincias con mucha suerte.

Siete son los pecados capitales.

Siete las plagas de Egipto.

Siete los artículos del proyecto leído en el Congreso, que se deja atrás todos los pecados y plagas del mundo.

¡Alza, morena! ¡Viva la Pepa!

Tenemos que dar á nuestros lectores una triste noticia: El señor Bermudez de Castro, que dijo hace un año que antes se cortaria la mano derecha que reconocer los cupones, en vista de que se trata del reconocimiento de estos, siendo el ministro, se amputará un día de estos la mano.

Todos sus amigos, y nosotros mismos, tratamos de disuadirle de esa locura, pero no hay quien le convenza, está resuelto, y si no se la corta, será porque no sabe firmar con la izquierda, y para no privar al país de sus méritos como ministro.

Pues señor, el Gobierno se va explicando.

Ya han visto VV. lo que pide.

¡Ahí es nada lo del ojo!

¡Cupones, descuento, tropa, impuestos!....

Es gran desdicha que despues de tantos años no

haya habido un solo Gobierno que se aparte de la rutina y haga alguna cosa nueva.

Crean VV. que da pena que en nuestro país haya habido siempre tantos ignorantes para ocupar los primeros puestos de la nación.

El librito *Chismes y Cuentos*, que hemos recibido, no carece de amenidad, y es muy sabrosa y cristiana lectura el *Romanero de Nuestra Señora de Atocha*, que ha escrito el señor Ossorio y Bernard, premiado en Lérida en público concurso.

Charadita del número anterior.

Si hay alguno que me quiera bendecir mi fortuna. Esto avisa á ustedes una suscritora casadera.

El profesor en Cirujía, señor Taverner, anuncia que ha descubierto un medicamento con el que, según parece, cura todas las enfermedades propias de pies y manos.

Celebraremos que dicho señor logre sanar á la humanidad doliente, y así alcanzase el remedio á los Gobiernos cuando andan en malos pasos, y á los que solo emplean las manos con perjuicio de tercero, y segundo, y quinto.

Geroglífico del número anterior.

En este país verás que el que más grita saca más.

La vida del hombre es, por término medio, de 60 años; pero como pasa durmiendo una tercera parte de su vida, no vive realmente más que 40.—De estos 40 años hay que deducir muchas horas, muchos días, muchos años que no le pertenecen, porque se los usurpan las necesidades de su organización.

El hombre no vive realmente más que cuando se pertenece á sí mismo por completo, cuando el cuidado de su persona no le obliga á emplear el tiempo que desearía emplear en otra cosa; en fin, cuando goza de absoluta libertad.

Así, pues, el hombre vive... 525,600 horas.

Pero duerme 20 años, es decir... 175,600 horas.

Las exigencias del estómago le obligan á tres comidas diarias, que le ocupan por lo menos hora y media, es decir, que en su vida emplea en comer... 22,850. »

El cuidado y aseo de su persona, exige por lo menos media hora, y al fin de la vida estas medias horas componen un total de horas de... 10,920. »

En bañarse, cortarse el pelo y ponerse calcetines y atarse los calzoncillos, emplea... 720. »

Tiene que sonarse diez veces cada una; pongamos un minuto por cada vez, y tendremos que el hombre gasta las horas de un año en sonarse, ó sean... 7,300. »

Para otros actos de la vida, que son muchos, pongamos 40 minutos cada día; al fin de la vida son... 14,600. »

Está enfermo ó indispuerto por lo menos tres días cada año, que es muy poco. Total de horas en su vida... 4,320. »

El hombre que se afeita, emplea por lo menos un cuarto de hora cada dos días. Total de horas... 1,840. »

Deduzcamos del total de años los diez primeros de la vida, durante los cuales el hombre apenas tiene conciencia de sí mismo. Total de horas en los diez años... 87,600. » 325,750. »

Tenemos, pues, una totalidad de horas durante las cuales el hombre vive sin vivir... 325,750. » 199,850. »

Así, pues, Dios da al hombre 525,600 horas de vida; pero la necesidad le usurpa 325,750, y no le deja, por consiguiente, más que 199,850 horas libres, es decir, 23 años, 9 meses, 25 días y 2 horas.

En el número próximo publicaremos una discreta carta, que dirige á EL CASCABEL un amigo del Gobierno.

También la Union liberal aumenta el interés á los capitales que se impongan en la Caja de depósitos. Lo mismo hizo el Gobierno de Narvaez, con escanda-

lo de la Union liberal, que le hizo por idéntica medida ruda oposicion.

La Patria es el periódico que con más ardor defiende el proyecto del ministerio que rechaza la patria.

Logogrifo.

De cinco letras que tengo sacas, ¡oh lectora amiga! lo que ves allá en Bilbao y también allá en Sevilla, dos nombres, ambos de dama, el de una notable artista, lo que ves en las petacas, lo que allá en lo antiguo habia, donde hacian sacrificios á mil deidades ficticias, y el todo está, ya lo ves, muy cerca de la barriga.

El día 15 queda terminada la impresion del libro que regalamos á nuestros suscritores. Contiene dos novelas festivas de Paul de Kock, tituladas *Un marido perdido* y *El Maestro de escuela*. Conforme se vayan encuadernando los ejemplares, se irán remitiendo á los suscritores á quienes corresponda.

Los nuevos suscritores tienen derecho á este regalo si se suscriben por seis meses.

En el mes de Julio recibirán otro regalo los suscritores.

Charadita.

La primera y la segunda puedes cantar y beber, y la llevas en la mano y en las iglesias la ves; en la tercera y primera es cosa rica el café; primera y cuarta en la calle andando y corriendo ves, y en verano gran peligro en la villa pueden ser; la tercera y la segunda usa el que torero es; la tercera repetida no hay otro Dios como él, como que siempre le pintan riendo á más no poder; y el todo es cosa barata, y acaso nos sepa bien cuando, como estoy temiendo, no haya aquí más que comer.

CRÉDITO AL TRABAJO.

La publicacion de nuestra lista de asociados en uno de los números anteriores ha comenzado á dar satisfactorio resultado, según esperábamos. Son muchos los que mutuamente se han buscado para auxiliarse en sus respectivos trabajos; logramos positiva ventaja en esta mancomunidad de intereses.

De desear es que se fortalezca este espíritu de fraternidad para el trabajo, que vemos por fortuna despertarse al impulso de esta institucion, y adquirieran de una vez para siempre las clases populares el convencimiento de que nada deben esperar de los cambios políticos, sobre todo cuando los hombres que más parecen patrocinarse el radicalismo en beneficio del pueblo, son precisamente los que han desatendido por completo una institucion que constituye en favor de aquellos resultados beneficiosos y prácticos.

Para dar la más conveniente extension á la idea de publicar las antedichas relaciones, hoy insertamos una que solo comprende la de los clientes del Crédito al Trabajo, que hace meses carecen de él, y los abonados enfermos garantizando su honradez y laboriosidad. Los recomendamos vivamente á quien pueda atenderlos. Son los siguientes: Carpinteros, 8; Albañiles, 12; Pintores, 2; Zapatero, 1.

GEROGLIFICO.



SAL Y PIMIENTA.

Ha terminado la publicacion de la primera obra de esta Biblioteca, de la que ya se ha hecho segunda edicion.

Se titula:

CUADROS AL FRESCO,
Cuentos de todos colores

POR DON CECILIO NAVARRO.

Consta de un tomo en 4.º de 372 páginas, con grabados, y se vende á 10 rs. en Madrid y 12 en provincias.

Segunda obra de la Biblioteca:

LAS TIENDAS,

CUADROS HUMORÍSTICOS DE COSTUMBRES,

por

D. CÁRLOS FRONTAURA.

Segunda edicion, ilustrada con grabados, considerablemente aumentada y corregida por el autor.

Se publicará por entregas, dos cada semana. Las condiciones de la suscripcion son las mismas de la Biblioteca:—6 rs. por tres meses, 12 por medio año y 24 por uno en Madrid, y 8, 14 y 26 respectivamente en provincias.

Los que en Madrid quieran recibir las entregas, abonándolas al recibirlas, pagarán real y medio por cada cuatro de aquellas.

Los que se suscriban desde este mes á *Las Tiendas*, pueden recibir los *Cuadros al fresco*, pagando solamente 8 rs., lo mismo en Madrid que en provincias.

ANUNCIOS.

Abanico de oro.—Fábrica de abanicos, sombrillas y paraguas. Plazuela del Angel, núm. 6, casa esquina á la calle de Espoz y Mina. En este nuevo establecimiento se ha recibido un gran surtido de abanicos de las más acreditadas fábricas de España y del extranjero, siendo sus precios de dos cuartos en adelante.

También se hacen composturas en abanicos, sombrillas y paraguas, á precios muy arreglados, y con prontitud.

Tinteros para contener tres clases de tinta, á 40 rs.

Estos son los más útiles para toda casa de comercio ú oficinas que usen más de una. Carpetas para encuadernar cartas, factura, letra y toda clase de documentos, á 9 rs.

Nuevo surtido de las plumas de oro y punta de diamante, cuya duracion, por término medio, es de tres á cuatro años, á 20 rs.; 1,000 cortes de plumas de acero, desde 5 rs. caja, hasta 34.

Carretas, 3, almacen de papel de G. Gonzalez Rodriguez.

Distracciones de un hambriento: colección de renglones desiguales, capaces de hacer reír á un inglés, por M. F. el Flaco, aspirante á pretendiente de ayudante de escribiente. Cuarta edicion. Se vende á 2 rs. en la Administracion de EL CASCABEL, calle de los Caños, núm. 4.

Se remite á provincias, franco de porte, dirigiendo el pedido á don Manuel Fernandez, calle de Santa Teresa, núm. 8, incluyendo cinco sellos de cuatro cuartos por cada ejemplar.

El Acaunt.—*El positivismo y la verdad contra el charlatanismo y la mentira.*—Un remedio único é infalible y un procedimiento nuevo y seguro para la curacion y extincion completa de los callos, ojos de pollo, uñeros, escrecencias, paradedos, berrugas y otros padecimientos de los pies y manos en seis dias, sin dolor, y los honorarios módicos. Se garantiza la curacion. Se recibe y se dan prospectos en el gabinete de curacion, calle de la Cruz, número 12, cuarto principal.

PROVEEDOR DE SS. AA. RR.

CALLE DE JARDINES, NÚM. 5, TIENDA.—MADRID.

Accite de bellotas para el pelo. (Privilegiado) á 6, 12 y 16 rs. bote. Ningun aceite ni pomada antiguo ni moderno, ha adquirido en España una reputacion mejor merecida que nuestro aceite de bellotas para ocultar las canas; evitar salgan otras, contener la caída del pelo, hacerlo salir en calvas recientes ó inveteradas, darle lustre, salud y desarrollo al pelo enfermo. Los espontáneos elogios de 18 periódicos científicos, la popularidad de este producto, las recomendaciones infinitas de célebres médicos higienistas, y la venta en tres años de 94,000 botes, justifican plenamente su bondad.

También se usa con ventaja, en vez de los aceites y pomadas, para conservar y dirigir una buena cabellera.

Depósitos: Barcelona, Borrell hermano, Valladolid, perfumera del Ramillete Oriental, Cádiz, calle del Rosario, 10, Valencia, perfumera de Melendez, Quintanar de la Orden, drogueria de Villacañas, Pamplona, perfumera de Razquin, Alicante, drogueria de Soler, etc., etc.—L. de Brea y Moreno.

Por lo contenido en este número.

F. FERRAZ.

Editor responsable, **D. Diego Mendez.**

MADRID: 1866.—Imprenta de **EL CASCABEL**, A CARGO DE M. BERNARDINO, calle de los Caños, número 4, bajo.